

*Léautaud y el otro*, de ARMANDO URIBE. Colección El Espejo de Papel, 1966.

Por el retrato reproducido en este libro, Paul Léautaud era un anciano con más facha de descuidado campesino que de escritor.

La personalidad y la obra del excéntrico y maniático hombre de letras francés, la da a conocer entre nosotros Armando Uribe Arce, integrante del activo Centro de Investigaciones de Literatura Comparada de la Universidad de Chile, dirigido por el profesor, académico y Director General de Bibliotecas, Roque Esteban Scarpa. Uribe posee una pluma diestra, fácil, simple y llana, muy apta para desentrañar la vida y la obra de un autor que fue enemigo de escribir algo ajeno o extraño a la vida misma: "En las gentes de letras, dice Léautaud en su *Journal Litteraire*, falta el coraje de ser verdaderamente simples y escribir como cualquiera" (17-2-1932). "Lo que uno escribe está en consecuencia con la vida que uno tiene. Creo haber dicho aquí algo bien exacto" (19-2-1932). En suma, enemigo de escribir vulgaridades y de manifestar lo que no siente.

El autor de este ensayo sobre Léautaud, ha glosado el *Journal Litteraire* del escritor galo, a la manera de Michel de Montaigne: "El padre de todos los ensayos escribía —dice Uribe— como le viniera en gana, sin curarse de tradiciones, creando su propia tradición en el momento de escribir, sin autoridades en cuanto a lo esencial: en cuanto mostraba lo que él era, un hombre del siglo XVII, llamado Michel de Montaigne, y no de ninguna otra manera; con ciertas costumbres, una cara y una experiencia que lo determinaban; con su propia libertad soltándolo de ataduras, no la libertad oficial ni la de otros; y escribía lo que él era frente a lo que le ocurría o se le ocurría. ¿Autoridades?, sí, autoridades, una después de la anterior, citas de todos los libros a mano (pero no buscaba mucho en bibliotecas ajenas, ni mucho fuera de su memoria personal y de sus gustos), precedentes adecuados a lo que decía, sí, pero no prisiones de citas, de libros, de autores alguaciles, de qué dirán los profesores, los eruditos, los extranjeros, las autoridades políticas y universitarias. Ni siquiera, al parecer, qué dirán los lectores. Los lectores allá ellos: si quieren leer, bueno; si no quieren, bueno" (pág. 9).

La experiencia obtenida en la lectura del diario literario de Léautaud, es la materia de este original ensayo. El entusiasmo a Uribe, y "quiso coger en vivo su propia experiencia de la lectura de una obra que lo apasionó, consintiendo en lo que parece improvisado y hasta frívolo, porque la experiencia toma a veces esas formas y no todos mientras leen o recuerdan acuden a diccionarios enciclopédicos y confrontan datos. La vida no siempre admite consultas y fichas; el ensayo no las exige; basta que la experiencia sea tan fuerte que persuada. Bien fácil resultaría ahora modificar el texto, sujetarse a un esquema ordenado, respetar las formas, las precedencias, una relativa pasividad y un brillo relativo, custodiar hasta cierto punto, *el punto en que uno se aburre*, la tradición nacional de un bien decir medio jurídico, medio desgreñado y, diría, mediocre. Pero ¿y el ensayar del ensayo?" (pág. 16). Esto fue, felizmente, lo que no quiso hacer, con mucha inteligencia, Armando Uribe. No podía ser de otra manera si descaba acometer con éxito una empresa tan

ardua como es la de penetrar en lo más recóndito de la espontánea labor literaria de Léautaud, a fin de conocer íntimamente su espíritu y su personalidad. Indudablemente lo ha logrado con creces, gracias, precisamente, al método empleado.

Algunos pseudocríticos acartonados, de esos que tanto abundan en la literatura nacional, van a preguntarse: ¿Por qué no hizo lo mismo con un autor chileno? ¿Para qué que pierde su tiempo Uribe, en ocuparse de las obras de escritores europeos? Porque no tenemos autores nacionales semejantes a Léautaud; algo se aproximan a él, por su sinceridad, ironía, chispa, y por la natural expansión de su pensamiento, Diego Portales, en su inimitable *Epistolario*, y Vicente Pérez Rosales, en esos gráficos *Recuerdos del Pasado*. En general, las obras chilenas, máxime las del siglo precedente, han sido hechas en un mismo molde, de "un bien decir medio jurídico, medio desgredado y, diría, mediocre" (pág. 16), en no pocos casos. La obra que realiza el Centro de Investigaciones de Literatura Comparada de la Universidad de Chile, fuera de ser original, es utilísima para fomentar en Chile la producción literaria extranjera. ¿De cuándo acá los chilenos vamos a estar al margen de la literatura foránea? Personalmente pienso que primero estamos obligados a promover las letras nacionales, pero también debemos conocer las de otros pueblos. He oído decir a más de algún colega de letras, que en una bibliografía de tal o cual escritor europeo o norteamericano, no van a figurar los libros de aquí sobre ese autor. Esto carece de importancia. Gracias a Dios, quedan todavía letrados a los cuales les interesa más servir a la comunidad que "figurar".

Para Uribe fue un "gran acontecimiento" descubrir el *Diario* de Léautaud: "La lectura de ciertos libros es como un viaje. Produce sus mismos efectos: se ven las cosas distintas a la vuelta, las personas, los demás libros. Pueden leerse, conocerse, o ser amados y odiados de nuevo. Esto me pasó con Léautaud" (pág. 19).

"Pues bien, rehacer la insignificancia, lo insignificante con aplicación, he ahí la tarea cumplida durante 63 años por Paul Léautaud en su *Diario*. La magnitud de lo insignificante es tal, que la obra resulta significativa en el más alto grado".

Tiene Paul Léautaud (1872-1956), hombre sencillez, humilde, solterón, hijo natural de un consuegro de la Comédie Française, singulares genialidades: A propósito de la inutilidad de escribir un libro, piensa: "Si escribo una carta estoy seguro de que la lee al menos una persona, a la ligera, alguien. Si escribo un ensayo y lo publico. No sé" (pág. 30).

Gustaba de la literatura sencilla, humana, de aquella inimitable, que se confunde con la conversación: "No me gusta más que la conversación escrita" (pág. 32). Uribe ha publicado un ensayo en el mismo estilo de Léautaud.

Respecto al amor, el literato francés tiene cosas casi inverosímiles, que incitan al lector a estruendosas carcajadas: "La ventaja de ser soltero, es que cuando uno se halla frente a una mujer bonita, no tiene que apenarse de tener una fea en casa" (pág. 51).

Para Léautaud, el escritor es "alguien que se hace perito en ser sincero, y es definitivamente lo que escribe. ¿Hay quien comience siéndolo? ¿Un genio, un dios? Prefiero a los escritores-diablos, creo más en ellos, los veo mejor, me veo mejor" (pág. 64).

Pero así como tiene ideas acertadas, no faltan en la obra del escritor galo extravagancias lindantes en lo absurdo, como aquellas tomadas de la Antología con la cual Uribe termina su breve y substancioso ensayo sobre Léautaud: "Los versos son decididamente una cosa infantil. Esas personas que escriben cosas siguiendo medidas, cadencias dadas, en que cada línea termina en sonidos parecidos, ese runruneo como el de un niño que recita, son ridículos en el fondo. Hace mucho tiempo que pienso que si tuviera un hijo y él tuviera disposiciones literarias o solamente para las cosas del espíritu, por más que no me guste mezclarme y dirigir en ese campo, yo le quitaría los libros de todos los poetas. Esa gente hace perder un tiempo considerable para el desarrollo del espíritu. He perdido al menos quince años dejándome acunar por sus futilidades. ¿Y las novelas? ¿Cómo un hombre a los cincuenta años, puede todavía escribir novelas? ¿Cómo se puede, incluso, a esta edad leerlas? Poesía y novela, es ciertamente la parte inferior de la literatura" (*Journal Littéraire*, 4 de marzo de 1927). ¿Quién podrá negar que, a lo mejor, la sencillez y singularidad del estilo de Léautaud se deben a esos quince años empleados en la lectura de poemas y novelas?

Basta, otras curiosidades puede encontrar el lector en *Léautaud y el otro*.

F. A. B.

*Historia del arte en el Reino de Chile*, de EUGENIO PEREIRA SALAS. Editorial Universitaria, 1966.

La Universidad de Chile publicó, a fines del año 1966, una completa y bien documentada historia de las obras de arte realizadas en nuestro país, desde la época de la conquista hasta 1810.

Hacía falta una monografía de esta naturaleza para demostrar que, no obstante nuestra pobreza y la dilatada guerra de Arauco, hay en el país tesoros artísticos dignos de figurar entre los mejores de Hispanoamérica, especialmente en pintura, escultura y platería.

El autor de este libro, Eugenio Pereira Salas, académico de la Chilena, presidente de la Academia de la Historia y catedrático universitario, no sólo tiene preparación técnica para hacer un trabajo sobre la materia, sino también buen gusto y excelente espíritu crítico, a fin de saber discernir el verdadero valor de las obras de arte.

Entre nosotros existen muchas personas que opinan sobre arte, y carecen de conocimientos y aptitud crítica para dedicarse a tan difícil tarea. Esta es la gente que pone el grito en el cielo porque hoy se arrancan de los templos, altares de mal gusto, contruidos de innobles materiales, púlpitos de madera basta, sin ningún estilo, e imágenes de yeso pintorreadas, cuya abundancia convierte las iglesias en santerías, indignas de la sencilla majestad